

PERSONALIDADES DE LA JUNTA (4)

Era tan segura y despreñida de pequeñas mi amistad con Rafael Calvo Serer, que para ponerlo en contacto con Santiago Carrillo, contrariando la inclinación de su prejuicio religioso,



le preparé una «encerrona». Yo acababa de regresar al Hotel Lotti, tras la entrevista con Carrillo donde me pidió que le presentara a Rafael Calvo. Este me esperaba para cenar. Le dije que había invitado a una personalidad del exilio para que cenara con nosotros. Ya antes le había presentado a José Martínez, de Ruedo Ibérico. Y creyó que, esta vez, se trataría de algún miembro del gobierno republicano. Estaba sentado en un sofá de espaldas a la puerta del salón. Llevábamos media hora conversando cuando, sin mediar palabra, me levanté para recibir al invitado que iba a nuestro encuentro. «Rafael, te presento a Santiago Carrillo». Lo saludó con una seriedad contraria que delataba, pese a su experiencia mundana, una rara mezcla de interés y contrariedad. La simpatía de Santiago y mis bromas sobre el demonio le relajaron. Enseguida estábamos en el acogedor restaurante del hotel celebrando nuestro agradable encuentro con champán. Hablaron a sus anchas. Y luego se integraron en la incipiente unidad de la oposición.

Conocí a Calvo Serer en Granada en el año 1950, a donde había ido a dar una conferencia en la Facultad de Filosofía. Me lo presentó Antonio Fontán, entonces catedrático en aquella facultad. Tenía yo 23 años. Y me impresionó muchísimo que alguien tuviera, en aquella época de obscurantismo político y pensamiento granítico, el valor cultural de hacer una disección de las contradicciones que latían en el bloque católico que apoyaba la dictadura. Aunque yo fuera ateo y tan joven, pensé que aquel valiente hombre del Opus Dei merecía mi respeto y mi ayuda. Se lo hice saber en una carta que le envié a Madrid. Desde entonces, hasta su muerte, permanecí fiel a tan enriquecedora amistad. Yo sabía, desde que lo traté con más intimidad, entre los años 1951 y 1953, que ese hombre de cultura católica autoritaria, tan alejada de la mía, terminaría rompiendo con la dictadura, a causa de su bondad natural y de su sinceridad religiosa.

He conocido en la política a otros hombres cuya bondad constituye el rasgo dominante de su carácter. Marcelino Camacho y Joaquín Rufz Giménez, por ejemplo. Pero estos supieron dar un curso coherente a su humanidad innata a través de sus tempranas ideologías de humanismo marxista o cristiano. Mientras que en Calvo Serer su humanidad operaba como factor de rebeldía interior contra la estrechez cultural de sus propias creencias políticas y la disciplina de obediencia a las consignas de su militancia religiosa. Esa permanente tensión espiritual dió a su vida, mucho más importante que su obra literaria, la dimensión ro-

mántica de la filosofía católica alemana y de la poesía del joven Novalis.

La transición ha cubierto con un manto de silencio, incluso en el Opus Dei, la excepcional importancia que tuvo para la causa de la libertad el hecho de que una figura de talla nacional, en el panorama cultural del catolicismo español, apareciera ante el mundo junto al líder del PC, Santiago Carrillo, al frente de la Junta Democrática de España. Aparte de ese momento estelar de su trayectoria política, Rafael Calvo Serer ocupa un puesto de honor indiscutible en la historia de la libertad, por su acción en el periódico «Madrid», y en la historia de la idea democrática de la Monarquía, por sus últimos libros. Sus enemigos no llegaron a conocerlo. Ofrecía un flanco cultural demasiado fácil de atacar y no percibieron en el aparente integrista la autenticidad de un neoliberalismo. Y sus amigos tampoco le entendieron cuando, al fin, encontró la paz espiritual uiendo la fe religiosa a la razón democrática, en su conciencia de hombre público.

Antonio GARCÍA TREVILJANO

ARDANZA Y JAIME MAYOR

No le ha pasado desapercibida a Juan Bravo una trascendental información camuflada tras una crónica aparentemente mundana: la ofrecía ayer Carmen Rigalt en El Mundo. El ex lendakari Ardanza, reunido con otros vascos en Marbella, les sorprendió cuando replicó a las críticas nacionalistas de ritual contra Jaime Mayor, el ministro del Interior y «bicha» del PNV oficial. Ardanza dejó helados (es un suponer) a sus contertulios al afirmar que él vería con buenos ojos que Mayor Oreja accediera a la «lendakaritza» si aportara soluciones para frenar el desatino. Según Carmen Rigalt, Ardanza fue «rotundo».

La publicidad y la transparencia del poder son la más eficaz salvaguardia de la verdad y la decencia. Como decía Bentham, la inocencia y el misterio nunca van juntos. Si el Estado no tuviese nada que temer de las miradas del público, jamás se encerraría en el recinto de tinieblas del secreto oficial. Secreto y justicia, secreto y verdad, secreto y moralidad son radicalmente incompatibles. Si el palacio del poder necesita ocultarse del escrutinio público, convirtiéndose en la guarida de un gran delincuente impune, es porque no resiste el control. La razón de Estado, el crimen de Estado y la estupidez de Estado añnan sus esfuerzos para que el secreto encubra la realidad fecal de todo poder descontrolado. Si la historia del poder político es el relato de la gran delincuencia internacional y del asesinato en masa, se debe a que el poder y los poderosos han conseguido un doble derecho: el derecho a la oscuridad y el derecho a la impunidad.

El enorme drama del Kursk ha sido una consecuencia más de ese doble derecho. Se intentó primero ocultar el hundimiento. Cuando no se pudo, se desinformó sobre la fecha del desastre para evitar el conoci-

Imaginamos la cara de Arzallus al oírlo, pero la cuestión es que, aunque el líder del PNV dice que «gracias a Dios» no hay divisiones en su partido, la realidad es que las personas con cabeza más fría y con análisis más inteligente entre los nacionalistas saben ya que la línea de Estella ha sido un completo error, con consecuencias trágicas para muchos ciudadanos y para la sociedad vasca. Otra cosa es que el grupo de talibanes del PNV tenga sometidos bajo su bota a los disidentes. Es lo normal. Ellos también viven bajo la bota de Eta, a la que tienen un pánico indescriptible.

Juan BRAVO

SECRETISMO Y CRIMEN



miento de su magnitud y de la incapacidad para afrontarlo. Se oculta la causa del hundimiento, ya culpando a la colisión con el Kursk de un submarino fantasma ya atribuyendo las explosiones a «causas desconocidas». Ni tan

siquiera se informó sobre el número y la identidad de los tripulantes, al parecer para evitar una brusca conmoción nacional. Se negó cualquier esperanza de salvación al dejar transcurrir días y días sin solicitar ayuda internacional. ¿Acaso se conoció desde el principio que todos estaban muertos? Las repetidas fabulaciones sobre la comunicación telefónica o telegráfica con el Kursk o sobre el bombeo de oxígeno al mismo, parecen apuntar a esta hipótesis. Ahora, cuando los buzos noruegos están en disposición de rescatar los cadáveres, se les pide que cedan sus trastos a buzos rusos. ¿Por razones estéticas o para evitar que se conozcan realidades inconfesables? Nadie ha dicho qué carga tiene el Kursk, cuántos misiles nucleares contiene, qué riesgos afronta la humanidad con su permanencia en el fondo marino o cuáles con su reflotamiento. Sorprendentemente, la mayoría de los analistas insiste en que éste secretismo infame es típicamente «soviético». USA rechaza la desclasificación de los papeles secretos sobre su complicidad con el golpe de Pinochet. Ningún Garzón ha procesado ni imputado a Kissinger y compañía, sin los que el benefactor general nada hubiese hecho. El Reino Unido omite cualquier información sobre las averías del submarino nuclear que ha decidido reparar en Gibraltar o sobre los peligros de la operación y el estado del monstruo, ante el escandaloso silencio del Gobierno español y de la propia opinión pública celtibérica, debidamente desinformada y anestesiada. Sólo se han opuesto las autoridades gibraltareñas, ellas sabrán por qué.

Todo Estado que se precie oculta la «bodega» del poder y miente por sistema. Pero lo del Kursk se debe a la siniestra herencia soviética. El desastre no ha ocurrido porque el comunismo exista (a tanto no se llega) pero sí porque ha existido. ¿Pero no quedábamos en que Putin, el héroe de Chechenia, el encubridor de los crímenes de Yeltsin, era amigo de la libertad y de la democracia? ¿Acaso no ha seguido los acontecimientos «con lágrimas en los ojos», como las de Nausicaá ante la marcha de Ulises? ¿O estaban causadas por la densidad salina de las aguas del Mar Negro? Un vicepresidente ministro de Yeltsin, Boris Nemtsov, acusa a Putin de «inmoral» y nada menos que el ex jefe de los servicios secretos USA, un tal Odom, le imputa responsabilidad en la tragedia. Los «otros» criminales dirigen su dedo acusatorio contra Putin. Pero Putin es un poder más. Otro gran delincuente impune. Ya vendrá otro Putin que le otorgue patente de corso. Para que luego diga Camus que «los hombres no podemos vivir en universos donde cualquier absurdo es posible». Que se lo pregunten a la tripulación del Kursk.

Joaquín NAVARRO

